

ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Carta semanal

Jesús, después de ayunar... tuvo hambre

1 de marzo de 2009

Estamos en Cuaresma. Este domingo, la Santa Misa cambia el decorado de la liturgia. No se trata de un cambio de escenario, como si de un espectáculo se tratara. Es algo más profundo. Interesa, en efecto, que sepamos qué es la Cuaresma. ¿Intentamos en estos días tener a Dios propicio a nosotros, como si nuestro Señor fuera un ídolo al que hay que complacer? Rotundamente no. Tampoco es que nos venga bien para la tranquilidad de nuestro espíritu una vida más sosegada, menos consumista, más sobria, para encontrar unas energías más positivas. Eso está muy bien, pero encierra, en el fondo, una dificultad para un cristiano: no responde a lo que Dios quiere de nosotros y, en consecuencia, no trae la felicidad ni la paz; son actividades que apenas afectan a la interioridad de las personas.

La Cuaresma es sencillamente un tiempo fuerte del año que se apoya en dos pilares sólidos. Uno es la contemplación de la Pascua de Cristo, es decir, la corriente de vida que llega hasta nosotros con la conmemoración de la entrega de Cristo hasta su muerte y sepultura, y su gloriosa resurrección y ascensión a los cielos. Pero —y este es el segundo pilar— no de un modo teórico, sino activo: por la participación de los fieles en esa Pascua a través de la penitencia personal y comunitaria y de la participación en los sacramentos pascuales, los de la Iniciación cristiana, haciendo memoria del Bautismo y la Confirmación, y celebrando más frecuentemente la Eucaristía, con un subrayado especial del sacramento de la Reconciliación. En este tiempo la Iglesia, como pueblo sacerdotal, tampoco puede olvidar su obligación de orar por los pecadores que en ella estamos y cuantos en todo el mundo quebrantan los grandes principios de la vida de los humanos en guerras, violencia, terrorismo, egoísmo que cierra la puerta de los bienes de